



Espacio Abierto

ISSN: 1315-0006

eabierto@cantv.net

Universidad del Zulia

Venezuela

Smilde, David

Confrontando la inseguridad: estrategias de los evangélicos
Espacio Abierto, vol. 22, núm. 2, abril-junio, 2013, pp. 245-263
Universidad del Zulia
Maracaibo, Venezuela

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12226914004>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto



Confrontando la inseguridad: estrategias de los evangélicos

*David Smilde**

Resumen

Una de las maneras que tienen las personas de las zonas populares en Venezuela de confrontar a la inseguridad es a través de las creencias, los discursos y las prácticas religiosas del cristianismo evangélico, igual que la red social alternativa que esta religión provee. El convertirse en evangélico supone una forma de salir de la lógica de “la culebra” (vendetta) que en circunstancias normales puede obligar a las personas a actuar de modo violento. Cargar de manera conspicua una Biblia constituye una señal de no ser una amenaza y de ser protegido por Dios. Y la práctica de predicar aporta a los evangélicos una manera de responder a un atacante. Estos hallazgos resaltan el conocimiento local que tienen de la inseguridad los miembros de los sectores populares y su creatividad para desarrollar estrategias para enfrentarla. Así los resultados legitiman las políticas públicas que buscan remediar la inseguridad con la participación y protagonismo de los sectores populares.

Palabras clave: Inseguridad, Religión, Evangélicos, Estrategias populares, Estrategias culturales, Venezuela.

Recibido: 15-10-2012/ Aceptado: 16-01-2013

* University of Georgia. Atlanta, USA. E-mail: dsmilde@uga.edu

Confronting Insecurity: Evangelical Strategies

Abstract

One of the ways that members of Venezuela's popular classes confront the lack of citizen security is through the religious beliefs, discourses and the practices of Evangelical Christianity, as well as the alternative social network it provides. Becoming Evangelical provides a way to step out of the logic of vendetta (*la culebra*), which in normal circumstances would oblige a person to perpetrate violence. The practice of conspicuous Bible-toting signals that a person is not a threat and is protected by God. And the practice of preaching and evangelizing provides Evangelicals with a way to engage attackers. These findings underscore the important local knowledge that members of the popular sectors have about crime and violence and the creativity they have in designing strategies for confronting it. These findings provide support for public policy initiatives that seek to remedy crime and violence through the participation and initiative of the popular sectors.

Key words: Crime and violence, religion, Evangelicals, popular strategies, cultural strategies, Venezuela.

Introducción

Cuando hay un problema dentro de una colectividad, quiere decir que las estructuras sociales predominantes no están funcionando de alguna manera. En tal caso vale la pena tomar un paso para atrás y pensar un poco más en abstracto sobre el fenómeno, para así verlo en su complejidad dentro de su contexto. Procediendo de esta manera, se puede ver nuevos fenómenos y tendencias que si bien no representan soluciones por si solos, pueden ayudarnos a reflexionar y pensar en algunas.

En las siguientes páginas voy a hablar sobre un fenómeno no estatal que demuestra cómo algunas personas han enfrentado a la violencia con un grado de éxito. Me refiero a los Cristianos Evangélicos. Yo no creo que la práctica religiosa deba ser objeto de política pública sino el producto de la iniciativa del individuo, familia o sociedad civil. Por lo tanto, con este artículo no estoy sugiriendo que el fomento de la religión evangélica debe ser una política pública. Sin embargo creo que vale la pena examinar su práctica con referencia al crimen y violencia para ver cuáles ideas podemos aprehender y cómo estas pueden informar a la política pública.

Ha habido una presencia de Protestantes en Venezuela desde el siglo XIX—de hecho el dictador Antonio Guzmán Blanco buscaba traer más al país como una forma de quebrar el dominio de la Iglesia Católica. Sin embargo, un crecimiento significativo no comenzó sino después de la Segunda Guerra Mundial y con la apertura democrática de los sesenta. El crecimiento de lo que hoy en día se conoce como “Evangélicos”—principalmente Pentecostales— toma fuerza durante la década de los noventa en medio del conflicto político y deterioro económico que fue conocido como “la crisis.”

Actualmente, las encuestas muestran que el porcentaje de la población que se identifica como evangélico es entre cinco y diez por ciento dependiendo de cómo se formula la pregunta. A pesar de este pequeño porcentaje, los evangélicos son una minoría activa con una presencia pública importante (Smilde, 2004). Durante el periodo neoliberal en Venezuela eran, en muchos espacios, la forma de participación pública más significativa. En algunos lugares, como las horrendas prisiones, era la única forma de participación. El estereotipo de los evangélicos es que se concentran en los sectores más pobres de la sociedad Venezolana. Sin embargo, los datos en Venezuela muestran que su distribución de clase es muy parecida a la distribución de clases en la población entera (Smilde, 2007). Si la mayor parte de los evangélicos son pobres, es porque la mayor parte de la población venezolana es pobre.

Los evangélicos son cristianos y por lo tanto creen en la Biblia, la divina Trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo, y las otras creencias básicas. Sus creencias particulares son primero el perfeccionismo, que quiere decir que la moralidad bíblica no sólo es para sacerdotes y monjas sino que cualquier creyente puede ser un santo. Segundo, creen en las manifestaciones del Espíritu Santo, incluyendo el hablar en lenguas, dictar profecía, y recibir directamente la voz de Dios. Tercero, creen en la sanación divina, la idea de que Dios limpia al creyente de todo mal del cuerpo y espíritu. Finalmente, creen en el milenarismo, la idea de que pronto regresará Jesús para salvar a los santos. Los evangélicos creen que el “entregarse al Señor” implica un cambio de vida total, incluyendo un cambio en la forma de ser, uso del tiempo y red social. Entre las prácticas más conocidas están el abstenerse de tomar alcohol, fumar tabaco, relaciones sexuales fuera del matrimonio, además de reglas de vestimenta como faldas y cabello largo para las mujeres.

Este análisis descansa sobre una investigación de tres años usando metodología cualitativa, principalmente observación participativa y entrevistas de historia de vida. La conversión evangélica entre los muchachos y hombres que yo entrevisté era una práctica religiosa fundamentalmente pragmática dedicada a ayudar a los convertidos enfrentar los profundos problemas sociales que enfrentaban en su contexto social.

Problemas que precipitan la conversión evangélica¹

Problema	Número de ocurrencias	Resuelta
Drogas y Alcohol	24	23
Juegos de azar	2	2
Violencia	18	18
Problemas económico	8	5
Superación personal	8	7
Dificultades emocionales	8	8
Relaciones de pareja	11	6
Conflicto familiar	7	5
Vida social	7	7
Salud	2	2
Vida eterna	2	2

Como pueden ver, aunque se trata de una religión, la preocupación sobre la vida eterna tiene un perfil relativamente bajo en las conversiones. Más bien la salvación que provee la conversión evangélica tiene que ver con problemas de *este mundo*; la salvación de males como el alcoholismo, conflicto familiar, crimen y violencia. Esto no lo descalifica como cristianismo verdadero. Tampoco lo hace insostenible por ser "instrumental". Al leer la Biblia uno se sorprende qué tan fundamentado está la práctica cristiana en las situaciones y problemas de la vida cotidiana.

A continuación veremos tres aspectos del acercamiento de los evangélicos al crimen y la violencia: cómo rompen con la lógica de "la culebra," cómo llegan a sentir y demostrar la protección de Dios y cómo enfrentan al victimario con el discurso evangélico.

La Lógica de Culebra

Una mala interpretación bastante común sobre la violencia en América Latina es que se trata de eventos azarosos de confrontación. Es una proyec-

1 Hay que tener cierta cautela en interpretar estos problemas como causas de la conversión evangélica o como indicadores del éxito de esta práctica religiosa en tratar estos problemas. La muestra es una selección de convertidos que han persistido. No incluye otros que de repente se convirtieron pero no vieron resolución a sus problemas.

ción muy de clase media, del temor que se siente del crimen arbitrario. Pero la violencia, por lo general, no es ni arbitraria ni repentina. Generalmente se extiende a través del tiempo entre individuos o grupos que se conocen. En el vacío institucional, característica de los barrios de Venezuela, el conflicto violento funciona a través de la lógica de la vendetta, o como dicen en el barrio de "la culebra". En este tipo de relación social una humillación, traición u otro problema interpersonal lleva una persona a asaltar o matar a otro. Entonces miembros de la red social de la víctima—familiares, amigos o miembros de una banda delictiva—deben buscar venganza matando una persona en la red del victimario. Sabiendo esto, la gente en la red del victimario muchas veces llevan a cabo ataques preventivos en contra de la red social de la víctima. El resultado puede ser una serie de asesinatos, una "cadena" que puede seguir por semanas, meses o años.

Uno de mis informantes claves en mi estudio sobre los evangélicos era Ramiro. En camino para un taller que Ramiro y su compañero Enrique estaban organizando en los Valles del Tuy, yo tenía mi grabadora corriendo sobre el tablero de mi carro mientras manejaba. Como era costumbre, Ramiro sostuvo un monólogo continuo sobre el evangelio, el ser evangélico, y el ser pobre en Caracas. Él estaba hablando sobre los problemas que sufrían los jóvenes cuando comenzó a echar un cuento de su propia experiencia. La historia revela la lógica de culebra en los barrios.

Ramiro: Nooo, yo conocía una cadena —era un eslabón, vale—que se rompió como con siete muertos y cuando cayeron los muchachos a la prisión y los demás que huyeron. Que se tuvieron que ir del sector.

David: ¿Cómo es eso de una cadena?

Ramiro: La cadena es así. Por ejemplo tú aun siendo del sector, yo confié en ti porque tú eres un muchacho de palabra pues. Y yo te di una droga. Entonces, como tú te la das de vivo, tú no me la quisiste pagar. Entonces yo te di un plazo y tú no acataste la orden porque tú eres malo también, y también portas un armamento. Entonces yo iba, y me metía para tu casa, te secuestraba encapuchado, te sacaba de tu casa, y hacía una maldad, pues. Te daba plomo para que te murieras desangrado, no te mataba de una sola vez, sino que te mataba con una maldad, para que los demás, los que eran compañeros tuyos, vieran y temieran y tuvieron respeto a la banda. Porque eso no se participa a las autoridades. El que participa a las autoridades, mira, a ese no le sale nada, es una gallina. Y tú no puedes participar esto a las autoridades. Porque la autoridad no se mete aquí. Aquí nosotros resolvemos esto, nosotros usamos el termino es, "como caballeros," "aquí es de caballeros." A plomo, plomo.

Entonces a uno de nuestros amigos lo robaron. Le quitaron una droga. Entonces [un día] uno de los muchachos vino y le dijo "mira, en el módulo es-

tán los que tumbaron a tu hermano, los mismos que se llevaron la droga de tu hermano. ¿Van a dejar eso así?" Entonces le puso. Yo tenía una pistola 45, el otro le puso un .38 y una 765, y le dijo, "¿Con cuál quieres ir a arreglar las cuentas?" Él dijo vamos con el .38 que no se me encasquilla, y se fue con otro muchacho más que tenía un magnum, un .357. Y fueron y en el modulo, cerquita, un modulo allí, le dieron 9 tiros. Y sé llevaron el muchacho para el hospital, lo subieron, los amigos de él. Y [Pedrito y el amigo] dijeron "listo, ya arreglamos esa cuenta." Cuando el amigo mío me habló de eso, yo dije "Pedrito, si dejaron ese muchacho vivo, aquí va venir una matazón, prepárense." Ya yo sabía lo que venía.

...Entonces el muchacho se salvó.

D: ¿Al que dieron los 9 tiros?

R: Al que dieron los 9 tiros. Entonces en el hospital, cuando los muchachos, él no le dice nada a los autoridades, lo que dice es "me robaron." Eso es el lema, "me robaron." Entonces le dice a los muchachos, "mira, quienes me dieron los tiros fueron fulanito, fulanito, y fulanito," los nombres de los muchachos. Y yo estaba en Bonaire [trabajando]. Entonces vienen, y secuestran al que le habían quitado la droga, lo secuestran, van y lo matan en un callejón. ...Entonces el amigo mío, que se la pasa conmigo, eso era su hermano que él más quería. Entonces cegado por la rabia, le dijeron "no, en una camioneta que pasó ahorita por allí, van los muchachos que mataron a tu hermano." Se montaron ellos en la camioneta y mataron dos jovencitos. Resulta que esos jovencitos no tenían nada que ver. Nos enredamos más. Nos enredamos más porque nos enredamos con otra gente más arriba. Yo te digo que nos enredamos, yo estoy allí en Bonaire, pero yo sé lo que está pasando. ¿Ve? Cuando vengo, otra vez de vacaciones me dicen que "mataron a fulanito, [y me explicaron]..." Entonces, otro muchacho que vivía allí en el barrio con nosotros, comenzó a frentear² para los muchachos también. Y a este un sábado a las dos de la tarde bajaron dos muchachitos con dos pistolas, el mismo que le dieron los tiros que ya podía caminar. Y a Julio señaló y se quedó allí "ese es uno." Y el muchacho lo agarró y "pam, pam, pam, pam, pam, pam," y le descargó las dos pistolas. Y nos lo matan allí mismo en el barrio. Se meten los muchachos para allá, y tirotean el otro muchacho allá. Después vienen ellos y se vuelven a venir y yo estaba aquí en Venezuela. Y nos mataron otro muchacho más. Después yo me fui. Porque yo iba, me quedaba una semana y me iba. Después, le cayeron a tiros a otro amigo

2 Un "frente" es la persona que está de guardia fuera de un lugar de venta de droga que sirve de primer contacto para potenciales compradores de droga y vigila para la presencia de enemigos o policías.

mío, a uno que yo le daba para que vendiera droga. A ese le cayeron a tiros que casi lo mataron. Entonces se salvo por la misericordia de Dios. Después dieron unos tiros. Después le dieron unos tiros a Andrés, otro más. Después mataron a otro muchacho, que no tenía nada que ver, pero por el mismo problema, ya ese era el número seis, era gerente de una empresa de seguros, y comenzó el tiroteo, los muchachos subieron, y pa, pa, pa, comenzó el tiroteo, y él salió a rescatar su hijo que lo tenía afuera, y a meterlo para adentro. Cuando se metió se llevaba dos tiros encima y no sabía. Se murió allí mismo, llevándolo para el hospital, se murió. Ese es número seis. Después los muchachos se meten para el bloque otra vez, secuestran a uno, un menor allí, y lo mataron arriba en panorama. Fueron siete muertos.

...Resulta que cuando yo vuelvo, él se había ido. El otro amigo mío también se había ido, este el otro hermano de él estaba preso, se cayeron. Todo el mundo preso. Los que no estaban presos, estaban muertos, y los que no estaban muertos tuvieron que irse del barrio. Todo se aplacó. Después esa banda, se fueron matando ellos mismos, los de arriba. Total que ese eslabón en esa cadena, que yo te estoy contando, fueron de siete homicidios. Que todavía eso son problemas, yo porque ahorita yo estoy en Cristo. Pero ellos se consiguen y se echan plomo...De hecho en la prisión han ido metiendo en la prisión y han matado en la prisión. Robin, por ejemplo, lo mataron en la prisión. Y eso es esa misma culebra.

Porque nosotros lo llamamos es una culebra. Y una culebra, tú tienes que matarla porque no puede quedar vivo. Y como la culebra es muy larga, entonces el problema es largo. Entonces (se ríe) hay que matar a cada (curva de la culebra) para eliminar el problema...Entonces yo me entregué al Evangelio.

David: ¿Eso fue después que se había terminado la cosa, o durante?

Ramiro: Durante el problema, el problema era tan grave, que yo me entregué al Evangelio.

Esta explicación de la lógica de culebra fue replicada por otras entrevistas en mi estudio y cuadra con el retrato que otros medios de comunicación demuestran, como la película Venezolana *Huele Pega: Ley de la Calle* (Schneider, 1999) y la Brasileña *Ciudad de Dios* (Meirelles y Lund, 2002). Mientras las culebras pueden comenzar con la venta de drogas, van mucho más allá de la economía ilícita, y las drogas no tienen porque estar involucradas. Un sencillo insulto o mirada extraña puede ser suficiente para iniciar un acto de violencia y comenzar una culebra. Ramiro agregó lo siguiente a su historia:

Entonces, y así como, como yo te cuente este problema. Te cuento esta cadena, este eslabón, así son toditos los problemas en los barrios. Por algo comienzan. De repente porque yo soy de un sector y tú de otro y yo tengo una novia en el sector tuyo. Y de repente yo no te caigo bien porque esa muchacha

es, era una muchacha codiciada allí, y tú no eres de este sector para irte a levantar la muchacha de nosotros. Por allí comienza un pique, me miraste mal, y amenazaste, y cuando tú fuiste para mi zona te tiroteé. Así también hay. Cosas sencillas, insignificantes y así el Diablo enreda a la humanidad.

Mientras Ramiro comprende a través de conceptos evangélicos el hecho de que ofensas insignificantes pueden producir violencia significativa, desde una perspectiva sociológica, Nisbett y Cohen (1996) argumenta que es una parte de la economía de reputación y honor. Ellos escriben "Un insulto significa que el blanco es suficientemente débil para ser abusado" (p.5, ver también Castillo, 1997). Por lo tanto hasta la ofensa más insignificante puede conllevar más abuso si no se le da respuesta. En un contexto sin justicia institucional efectiva, uno depende de su reputación.

Una investigación reciente extiende esta línea de análisis en el contexto de las pandillas en Centroamérica (Brenneman, 2012). Allí la dificultad de salir de la lógica social de la violencia es aún más aguda en cuanto los miembros de las pandillas consideran la membresía un compromiso "hasta la muerte" y aplican "la regla del morgue" a los que intentan dejarla. Hacer valer la regla es facilitado por las tatuajes que ponen los miembros en las manos, cuello o hasta la cara con los signos de la pandilla. Estos son difíciles y costosos de quitar y pueden dejar cicatrices que son como la marca de la muerte en cuanto cualquier pandilla te puede matar por cobarde. En su investigación Brenneman encontró que el convertirse en evangélico provee una "cláusula de escape" para ex-pandilleros.

Hasta el momento Venezuela no tiene el fenómeno de las pandillas—que en Centroamérica han venido principalmente desde Los Ángeles y otras ciudades de los Estados Unidos. Y en la práctica son pocos los ciudadanos los que busca cultivar la imagen del más malo. Más típico entre la gente común es una estrategia combinada que se puede ver en el siguiente escenario. Llegando al barrio El Samán de El Valle para hacer unas entrevistas por la tarde, andaba con un informante que se llama Andrés y nos detuvimos para hablar con unos vecinos parados cerca de un abasto. Como es usual, este abasto sirve como una encrucijada donde los vecinos pueden comprarse un refresco o cerveza y charlar con quien esté presente. Parado allí mientras hablábamos con los vecinos, estaba un señor mayor ebrio, que todo el mundo conocía. Al verme como un nuevo, se me acercó tambaleándose para decir, como para estar claro desde el comienzo: "nadie se mete conmigo y yo no me meto con nadie." La doble locución del borracho fue sencillamente una versión menos adornada del mensaje que está debajo de muchos de los juegos verbales y chistes típicos de este ambiente. En mis entrevistas yo planteaba a mis entrevistados situaciones conflictivas y les preguntaba que harían. La respuesta más común para el entrevistado era de subrayar su disposición pacífica pero mencionando que cuando es atacado "se vuelve loco" y no le importa que pase, siempre y cuando logra lan-

zar sus golpes (ver Bourdieu, 1977). Como demuestran Nisbett y Cohen (1996) en un ambiente en el que no puedes confiar en las instituciones para la seguridad, uno depende de su reputación. Uno debe ser visto como alguien que no causa problemas con los demás. Pero también tiene que ser visto como alguien con quién no se debe meter.

Russell Hardin argumenta que en un contexto de violencia, las causas originales de la misma pueden ser insignificantes en comparación a la violencia producida en la forma de un golpe preventivo (Hardin, 1995, p.121, p.153). Si un individuo teme un ataque, es completamente racional tratar de prevenir ese ataque a través de atacar primero. "Hay que picar adelante porque si no, el toro te lleva en los cachos," dijo uno de los malandros que Duque y Muñoz (1995) entrevistaron. O como dice el refrán del barrio "hay que matar a la culebra antes que la culebra te mate a ti." Al ser este el caso, también es importante para la gente poder manifestar señales que no atacarán, para no atraer un ataque preventivo. Para la mayor parte de los miembros de las clases populares está dentro de sus mejores intereses cultivar una reputación de no causar problemas y no meterse con los demás.

Para los que, por estar involucrado en drogas, crimen, o por alguna mala suerte no han podido mantener el equilibrio cultivado por el borracho de El Samán, hay que buscar otra solución. El haber victimizado o, irónicamente, el haber sido victimizado, puede exponerle al individuo a un ataque preventivo. En los términos más amplios, las opciones del individuo son el enfrentamiento, la negociación, o la salida. El enfrentamiento puede ser violento y continuar el problema; la negociación directa raras veces es posible, pero a veces "enconchándose" se puede dejar pasar el problema. Por otro lado uno puede mudarse para otro sector o ciudad, o, como en el caso de Ramiro, convertirse en evangélico. Es de conocimiento general que los evangélicos no pueden participar en actos de violencias y por lo tanto ya no se considera una amenaza el individuo que se convierte. Él está en otra cancha y ya no es una fuente de menosprecio. Aunque no se considere del todo creíble la conversión, dentro de la lógica de culebra el mero hecho de fingir como evangélico es manifestarse como cobarde y por lo tanto no requiere de más acción del contrincante. Por lo tanto es menos probable que un evangélico sea el blanco de un ataque ofensivo o preventivo. Podemos ver la lógica con las siguientes historias de Inerio y Bartolo.

Inerio me contó como cuando se convirtió en su ciudad de origen San Cristóbal, tenía un problema de larga data con una familia allí. Ellos le habían estafado de un dinero que el había invertido en abrir un abasto para dejar a su cargo.

Yo [planificaba] una venganza [por] ese dinero y tenía un revolver, un 38 y siempre tenía unos pensamientos negativos para ir y, bueno, vamos a decirlo así, matar uno o dos de esa familia, ese era el pensado mío. Y yo calculaba todo, como ellos vivían en una quinta yo tenía pensado llegar a tal lugar,

bueno... Pero cuando yo [me convertí] algo que tenía yo que hacer era pedirle perdón a todos mis enemigos. Eran mis enemigos acérrimos pero Dios hizo la obra, yo fui para allá, me humillé ante ellos... Cuando me vieron se quedaron sorprendido porque ellos, o sea, yo no me podía acercar a la casa de ellos porque ellos me habían dicho que si yo me acercaba ellos me iban a sacar a plomo, ellos me iban a dar plomo a mí. Y yo también bueno, con eso yo tampoco me quería quedar atrás.

Bartolo se convirtió después de una vida de drogas y violencia. Contándome sobre sus primeras semanas como evangélico, cuando enfrentaba a su vecindario desarmado por la primera vez desde la niñez, me explicó cómo, en su punto de vista, Dios le ayudó.

El Señor conmigo trataba y me hace entender que soltara la pistola, que la dejara, hasta que por fin la dejé. Pero yo me quedé en el bloque y yo pude ver cómo el Señor me confrontó, uno a uno, a mis enemigos. Ya antes no podíamos ni siquiera vernos de lejos. Y me confrontó con ellos personalmente y pude predicarles a casi todos ellos. Con todo eso me quedé en paz con lo mío, quedé en paz y vi como Dios me libraba pues, de los problemas.

En ambos casos estos dos informantes tenían un problema con otros que los implicaba en la lógica de la culebra. En los dos casos los contrincantes estaban coordinados en una actitud bélica y la violencia podría desatarse en cualquier momento a través de un ataque ofensivo o preventivo. El convertirse evangélico dio a Inerio y Bartolo la confianza que podrían enfrentar a sus enemigos sin lanzar o atraer un ataque.

Evitando y confrontando la violencia callejera

En Venezuela las encuestas ponen de primer lugar la inseguridad como la principal preocupación de los ciudadanos. Roberto Briceño-León y colegas han argumentado que lejos de un pánico histérico, esta preocupación tiene base en la realidad. Ellos llevaron a cabo una encuesta de víctimas basado en su propia muestra aleatoria en lugar de las estadísticas oficiales. Los resultados eran alarmantes. "Los resultados de la encuesta de victimización muestran que los temores que tiene la población de Caracas no son infundados. Cuando tres de cada diez habitantes de la ciudad han sido víctima de un acto violento y cuatro de cada diez al menos lo ha presenciado, se explica entonces que se considere la inseguridad como el principal problema" en el país (Briceño-León, Camardiel, Fuenmayor, De Armas, 2002, pp.45-46).

Estas figuras probablemente son más altas para los habitantes de los sectores populares. Además de estar más expuestos a la pobreza, drogas y vacío institucional que contribuyen al crimen, también viven en condiciones ambientales que lo facilita. Sin planificación central, los barrios por lo general son

como laberintos solo navegables por la gente que vive allí, y poseen innumerables rincones y recovecos donde los malandros pueden esperar a sus víctimas. Fuera de los barrios, las calles de Caracas muchas veces son tan oscuras que no hace falta ni rincones ni recovecos. Donde hay reflectores, muchas veces están mal ubicados; aún más común son aquellos lugares donde los reflectores están dañados, o donde ladrones han robado el cable subterráneo para reciclar el cobre. Podemos agregar a esto el hecho de que la mayor parte de los sectores populares usan transporte público en lugar de un carro de uso personal. Esto inevitablemente implica el caminar a la parada más cercana y esperar el transporte en la oscuridad. El resultado de esto es que miembros de los sectores populares continuamente están expuestos a situaciones de inseguridad. El crimen se trata no solo de la pérdida material sino humillación—y la resistencia puede resultar en la violencia o la muerte. La combinación de amenaza material y física y la humillación es suficiente para producir obsesión entre la clase media. De hecho, el mismo equipo de sociólogos concluyó que la conversación cotidiana en Caracas ha sido tomada por narrativas de victimización (Zubillaga y Cisneros, 2002). Podemos asumir que es más que una obsesión para las clases populares. El ser evangélico ayuda a personas de estas clases en varias maneras, les provee un sentido de la protección de Dios, la percepción de que los criminales respetan y temen “los santos,” y unas herramientas con las cuales pueden negociar con un atacante.

Primero, los evangélicos desarrollan una confianza en la protección de dios que les permite encargarse de su rutina diaria. Cuando llevé a cabo mis historias de vida pregunté a los entrevistados si habían sentido temor por su seguridad física en cada uno de los meses que cubrimos en la entrevista. Tuve el siguiente intercambio con Renlón, quien vivía en un barrio violento de Antímano.

“¿Temor?” Respondió como si la pregunta fuera tan obvia que de repente me había escuchado mal. “Sí. Por supuesto.”

“¿Cuándo? ¿En algún momento en particular?” Pregunté.

“Bueno, el temor normal de los malandros cuando subes [al barrio], el temor normal. Pero estando en el Evangelio todo ese miedo desaparece porque Dios te protege.”

Fredy me explicó como superó su temor: “Yo pongo mi confianza en el Señor. Yo confío que el que está conmigo es más poderoso que el que está con ellos [el Diablo]”. Carlos Gómez explicó que él todavía siente miedo cuando sube pero que siente que Dios lo guía. “El Señor me dice “ve por allá.” Si, él es quién te guía. Y después de tres años, gracias a Dios, nosotros tenemos tres años aquí y nada [ningún problema con inseguridad]”.

Segundo, los evangélicos creen —y parece ser cierto por lo general— que los malandros tienen respeto y temor de ellos como personas que tienen a Dios de su lado. La inmensa mayoría de los venezolanos de las clases popula-

res—aún cuando no practican la religión—creen en el Dios y la Biblia Cristianos. Y el Catolicismo popular es una religión en la cual espacios y objetos sagrados reciben respeto. Por lo tanto en este contexto, un evangélico cargando una Biblia es una imagen que provee suficiente inseguridad, duda o por lo menos complejidad al atacante que puede prevenir un asalto. En un contexto violento como Caracas, esta es la explicación de la manera conspicua que carga los evangélicos la Biblia.

Mi trabajo de campo en una iglesia en Petare implicaba caminar alrededor de un kilómetro por la Carretera Petare-Guarenas. Era una caminata moderadamente peligrosa en cuanto los barrios por la zona habían visto bastante violencia en algunos momentos, pero en ese momento disfrutaban una baja relativa. La carretera tenía bastante crimen callejero pero también mucho tráfico de carros y peatones. Comenzando mi trabajo de campo allí, esta caminata me ponía nervioso. Un domingo, después de asistir un servicio en la iglesia, yo me encontraba afuera de la puerta hablando con los congregantes y fingiendo disfrutar mi helado mientras pensaba en mi caminata de regreso al Metro. Nervioso pero sin querer revelarlo, yo inicié una conversación con Augusto Pinedo, el predicador de la plaza quién originalmente me llevó a la iglesia.

“¿Qué tal esto por aquí?” Le pregunté. Era una pregunta que cualquier persona de ese contexto entiende trata de la inseguridad.

“Bueno, hay muchos malhechores, pero ellos no se mete con nosotros.” Con esta última frase señaló con la mano entre la calle y donde estábamos parados como para mostrar la zona donde los evangélicos estaban seguros. “Uno anda así con la Biblia bajo el brazo y ellos saben que tú eres evangélico.” Mientras dijo esto tomó su Biblia y lo puso debajo el brazo como una demostración de cómo cargarla.

La idea era algo que yo había escuchado antes pero fue difuso en mi mente. De hecho, mi estrategia hasta ese momento era la contraria. Yo siempre había escondido mi Biblia en la mochila pensando que sería visto como una señal de debilidad, y había intentado cultivar una mirada distante y despreocupada, con un paso pesado y determinado. De allí en adelante tomé la sugerencia de Augusto y cargué mi Biblia bajo el brazo. No sé si eso fue la razón por la cual nunca tuve problema en mis meses de trabajo de campo allí, pero ciertamente me dio más confianza y seguridad mientras circulaba por el área.

Agustín, un miembro de la iglesia y residente de Petare, explicó su experiencia en los siguientes términos. Cuando le pregunté sobre su experiencia con el peligro el contó que antes vivía con miedo constante por los malandros y tiroteos en su sector. Esto cambió, cuando se convirtió en evangélico. “Ya en el Señor, ya no tenía ese miedo pues...siempre, yo creo que en todas partes debe que ser así. Los malandros respetan...una vez me iban a robar y no me robaron cuando vieron que era cristiano.”

La tercera herramienta que tienen los evangélicos para navegar un ambiente peligroso, y de repente la más importante, es una respuesta pre-estructurada frente a un atacante que les permite evitar la humillación y reducir pérdidas materiales sin suscitar violencia: el reprenderle o predicarle. Uno de los aspectos más angustiantes de vivir en un ambiente en el cual el acercamiento de mendigos es continuo y el asalto es una posibilidad constante, es pensar cómo reaccionar. Por un lado, hay una gran variación en la persistencia de la petición de un mendigo y frecuentemente un asalto es disfrazado como una rogación. Por el otro lado, dar dinero a cada persona de la calle que se lo pide no es una opción para nadie. Por lo tanto, al circular en espacios públicos en Caracas cualquier persona tiene que tener una manera, un vocabulario, para minimizar las pérdidas. Cuando un acercamiento se vuelve un asalto, la víctima por lo general sigue con esta actitud tratando de reducir pérdidas, por ejemplo, entregando el efectivo de la billetera pero no revelando los billetes o reloj en el bolsillo. Así, al contrario del estereotipo del rápido arrebato, los asaltos por lo general tienen el carácter de una negociación extendiendo unos treinta segundos o más. En el mejor de los casos, el asaltante es convencido de abandonar el asalto. Un resultado de éxito mediano sería lograr que el asaltante se lleve el dinero pero deje la billetera o documentos personales, o de repente llevar algo de menos valor que lo que realmente carga la víctima. Pero cualquier cosa aparte de obediencia silenciosa conlleva el riesgo de violencia a la mano de un victimario asustado, enfadado o drogado. La mayoría de los residentes de los sectores populares en Caracas han sido robados múltiples veces y cuando cuentan sus narrativas de víctima, las cuentan en términos de cómo interactuaron con el atacante y que tanto perdieron comparado con cuánto hubieron podido perder. Los evangélicos tienen herramientas para esta interacción. En mis entrevistas, igual que en mi observación participativa, oí innumerables historias de cómo las personas confrontaron a los asaltantes a través de predicarles o invocando "la autoridad de Dios."

Alberto me relató la siguiente historia sobre el ser asaltado mientras salía de una vigilia, (que es un servicio de oración que dura toda la noche). A las 5:30am estaba cansado y pidió a un hermano de la iglesia que abriera la puerta para que se fuera.

Le dije "Hermano ábreme la puerta estoy cansado,"

"Hermano espérese, espérese media hora más que esclarezca," [me dijo]

[Le dije] "No, no, ábreme la puerta que yo estoy con Dios," Total que me abre la puerta y salgo. Entonces el trayecto de una caminata de un barrio ahí de un rincón me salen tres [malandros]. Entonces yo los reprendí porque yo venía, o sea, en santidad digamos, venía en santidad porque estaba toda una noche alabando al Señor.

"¡Esto es un atraco!" [Me dijeron.]

[Yo les dije] "Un momento yo soy evangélico. ¿Qué es lo que quieres? Mira Cristo te ama. ¿Tú por qué andas con una pistola atracando a las 5 de la mañana?"

"¡Que yo quiero la plata!" [Dijo]. Y yo entonces si noté que se estaba poniendo nervioso entre los tres, entonces uno le dijo al otro "Ay no, que es evangélico y mi mamá es evangélica." Entonces uno le dice al otro "Que le quites la cartera chico. Si no, te meto a ti, o sea que le iba [a disparar], entonces yo no sé que se me dio por reaccionar, tomar la cartera [y entregársela]

"Ten paciencia, ten calma. Cristo te ama" [les dije]. Entonces agarraron la cartera la revisaron, como yo siempre uso son trescientos, quinientos bolívares me los quitaron y yo dije: "hazme el favor dame la cartera con mi cédula, mis papeles que salen más caro."

"Bueno disculpa, idisculpa! lo que tengo es esto, es para comprar otro pitillo."

"Y yo le digo bueno sí, pero cónchale eso mata." El deber mío era predicarle. Pero esa gente estaba nerviosa o yo no supe predicarle. Pero [yo tenía] una tranquilidad, una paz. Cónchale yo no sentí temor ni nada. Quizás fuera otro tipo de persona lo mata porque se sienten arrinconados.

En este caso todavía robaron a Alberto, pero su fe en Dios y su habilidad de conceptualizarlo usando conceptos evangélicos le ayuda minimizar los daños—quedó con su billetera con la cédula y papeles.

Inerio describe una confrontación más exitosa con un atacante. Él me contó sobre varias veces que le habían robado antes de ser evangélico y cómo a su novia le seguían robando aun siendo evangélica.

A la novia mía sí la habían robado. Le habían robado que si dos reloj que yo le dí. No sé, le quitaron muchas cosas a ella. Yo siempre le decía "usa la autoridad del Señor." Pero ella nunca. No sé, tal vez el mismo temor pues. Siempre es algo sorpresa, cuando a uno le llega. Bueno, yo estaba sentado con la novia ahí cuando llegó un muchacho joven.

"No quiero reloj. No quiero prendas. Quiero dinero." Bueno, yo estaba ahí; yo estaba tranquilo. Yo ya no tenía ese temor que cuando yo veía un delincuente—a veces yo mismo tome, me quitaba el reloj y se lo daba (se ríe). En ese momento llegué yo y dije

"Yo soy cristiano evangélico y tu a mi no me vas a robar." Perfectamente le dije yo. Él se quería como ir y yo lo llamé y le dije "ven para acá." Me puse a explicarle, a predicarle sobre el evangelio. Y yo creo que le dio una bendición porque el hombre resultó quebrantado y aceptando la oración de convertir al Señor.

Cuando comencé a escuchar estas historias en mi trabajo de campo yo estaba incrédulo. Yo supuse que estas historias eran unas reconstrucciones heroicas de unos eventos que seguramente habían ocurrido en una manera muy distinta. Sin duda hay una selección y adornamiento de los hechos para construir una narrativa que cumple con un propósito. Pero cada vez que pude indagar, me conseguí con que los hechos fundamentales eran verdades. La primera vez que escuché una historia de este tipo fue de Eduardo, que contó como él y Ramiro habían sido asaltados mientras caminaban desde la parada a su barrio. Eduardo contó como Ramiro había confrontado el atacante predicándole pero, avergonzado, él no había usado “la autoridad de Dios.” Yo dudé de esta historia. Yo conocía bien a Ramiro y no me lo había mencionado. Cuando le pregunté sobre la historia después él corroboró casi todos los detalles. Pero trató la historia como si no fuera mayor cosa y que por eso no me lo había contado.

Pasando tiempo con los evangélicos en situaciones peligrosas, tuve varias oportunidades de ser testigo a confrontaciones de este tipo. Lo siguiente ocurrió cuando estaba con Ramiro. Como solía hacer después de los servicios por la noche, yo llevaba a Ramiro y quiénes iban con él a su casa en un barrio al lado norte de Caracas. Estaba en mi camino y les ahorra una peligrosa caminata y el esperar para el transporte. Muchas veces parábamos en una panadería al final de la Avenida Fuerzas Armadas para que compraran pan y queso para la cena. En esa cuadra hay una línea de autobuses que dan la vuelta allí, una bomba de gasolina y dos panaderías abiertas hasta tarde. Esa noche, como la mayoría de las noches en ese entonces, los reflectores de luz no servían y la única luz que había era de los faros de los carros y de las luces de las tiendas. Sin embargo había bastante movimiento con autobuses y taxis haciendo cola para comprar gasolina, hombres hablando y tomando cerveza por las puertas de los edificios, y gente de la calle deambulando por la zona.

Estas paradas siempre me preocupaban y yo estaba tenso sentando en el lado del chofer, discutiendo con Ramiro la encuesta que íbamos a aplicar el día siguiente en la Iglesia. Él estaba revisando la versión más reciente del cuestionario y yo estaba mirando y escuchando sus comentarios. De repente, vi que él miraba a algo detrás de mí. Cuando yo volteé vi un hombre cruzando la calle caminando directamente hacia nosotros. Flaco como un drogadicto y vestido con ropa descuidada y rota, tenía varias cicatrices en la cara, y un ruedo del pantalón más arriba de la rodilla revelando unas vendas. Mientras caminaba los últimos metros hacia la puerta de mi carro dijo “Mira, me dispararon en la pierna y no puedo trabajar. Dame dinero. Me arrodillo si quieres.” Terminando esta frase irónicamente se arrodilló en la calle con las dos manos sobre la puerta del carro—tapando la ventana para que no la pudiera cerrar. Yo me paralicé, pensando que me iba a decir en voz bajita que estaba armado. Pero antes que tuve la oportunidad de reaccionar e inmediatamente después que el mendigo-asaltante terminó su frase, Ramiro replicó señalando con el dedo:

“¡Arrodillate y busca a Dios!” Con esto el mendigo-asaltante se dio vuelta diciendo “thank-you” en Inglés y se fue corriendo riéndose como una hiena. El corazón me latía durísimo y pregunté a Ramiro:

“¿Lo conoces?” El había respondido tan rápido y con tanta confianza que pensaba que debe haber sido alguien de su barrio. Pero Ramiro ya estaba revisando el cuestionario de nuevo—obviamente no compartía mi necesidad de conversar lo que había pasado. Me miró y me explicó “No. Yo no tengo miedo de lo que me puede hacer un drogadicto. Yo tengo Cristo de mi lado.” El volvió al cuestionario diciendo “Cónchale, el Enemigo (el Diablo) nos interrumpió, ¿dónde estábamos?”

Cuando estas interacciones no se llevan a cabo con destreza o sencillamente fallan, el discurso evangélico también provee una manera de enfrentar la humillación y el dolor de un atraco—un dolor que, si bien es moderado por la normalización del crimen, es agudo para quién vive en los márgenes del bienestar material y sienten mucho cualquier pérdida material. Gregorio me contó la siguiente historia de cómo fue atracado cerca de su casa por varios muchachos:

Venían tomados, entonces se me acercaron y yo tenía una chaqueta, un reloj y ellos me dijeron, “dame el dinero, dame la chaqueta, dame el reloj” Y bueno, yo, realmente venía con paz de Dios, y yo le dije

“Jesús te ama, Jesús te ama y quiere cambiar tu vida.”

Y ellos seguían “dame eso que tienes allí, dame el dinero, dame esa chaqueta, quítatela.”

Y yo le decía “Cristo te ama” y le seguía hablando del Señor. En ese momento, como ellos continuaban me vino la palabra del Señor aquí y dice: “si alguien te pide la capa dale también la túnica o la túnica dale también la capa,” dice el Señor. Me vino esa palabra en la mente. Yo no puedo amar más a una chaqueta ni a un reloj que al Señor...Primero el Señor...Lo que Dios me dio ¡gracias!, lo valoro pero ahí me vino la palabra de Dios. OK, me quité la chaqueta, “tómala pues.” Pero con una serenidad en Dios, paz en Dios, “tómala, qué mas.” ¿Y sabes qué? Salieron corriendo de una manera como asustados. ¡Ellos eran los asustados! Llegué [a la casa] oye, así, un poquito, como te digo, no bravo, no airado, pero sí molesto. “Pero Señor, pero yo soy tu hijo, por qué me pasa esto” le dije. Y hay un versículo en la Biblia que dice Jehová hará el pago en persona. “Sí. ¡Deja lugar a la ira del Señor!” Yo cuando fui así iba hablando Señor “¡Dale mi pago!” así mismo como lo estoy diciendo. Entonces, el Señor me dice

“Yo soy grande en misericordia.”

“¡Misericordia quiero Señor!” Me empecé a quebrantar y llegué a la casa a llorarle a Dios por esos muchachos que me atracaron porque así es el Evan-

gelio de Cristo. Ellos están con el Enemigo, no conocen a Dios. Yo llegué fue a pedirle a Dios misericordia. Señor permite por favor que a ellos no les pase nada, que ellos te conozcan. Me acuerdo que en la chaqueta tenía un estudio Bíblico, entonces yo se los puse en las manos, le dije "Señor ten misericordia."

Podemos ver en esta historia cómo el discurso evangélico dio a Gregorio un medio de confrontar a sus asaltantes—arrastrando los pies a través de la predicación. En este caso no tuvo éxito. Pero también le dio una manera de trabajar sus propias emociones con respecto a la experiencia. Con conceptos evangélicos transformó su ira en sentimientos de benevolencia, y sentimientos de pérdida en sentimientos de victoria. Llegó a verlos a ellos como las verdaderas víctimas—víctimas que podrían llegar a Dios a través de la guía de estudio Bíblica que Gregorio dejó en el bolsillo de la chaqueta.

Conclusión

Como dije al principio, la idea aquí no es la de sugerir que la conversión religiosa es la respuesta a la inseguridad sufrida por los Venezolanos. Como mencioné antes, no creo que la participación religiosa deba ser el objeto de política pública sino la escogencia de ciudadanos en un contexto de libertad religiosa. Además, el quedar con estos ejemplos refuerza una idea atomizada de lo que es la inseguridad y las posibles respuestas que se puede proponer. La inseguridad es un fenómeno estructural causado por una compleja combinación de injusticia social y debilidad institucional. Varias personas han dicho que la solución evangélica a la inseguridad participa de la lógica neoliberal, resaltando soluciones que depende del individuo, y restando fuerza de movimientos sociales que pueden exigir cambios de política pública (Smilde, 2007; Pine, 2008; O'neil, 2011).

Entonces, la idea aquí es de abstraer lecciones más generales del material empírico. La primera lección que podemos sacar es la lección que ya se sabe: la grave necesidad de instituciones e infraestructura capaz de proveer seguridad ciudadana (sistema judicial funcional, policía efectiva, alumbrado público). El aporte de este tipo de estudio cualitativo es de mostrar cómo la gente vive la inseguridad, y lo mucho que ocupa su atención, pensamiento y esfuerzos—atención, pensamiento y esfuerzo que podría ser dedicado a otros fines.

La segunda lección que se puede abstraer de este estudio sobre los evangélicos es el gran conocimiento y creatividad de la gente en enfrentar la violencia. Esta investigación se basó en tres años de trabajo de campo y hasta el último día yo estaba aprendiendo de los entrevistados. Sin embargo, hay que tener cuidado para no romantizar el poder de las comunidades. Este profundo conocimiento no es sustituto ni de la experticia de criminólogos y activistas, ni del po-

der de la política del estado. Pero subraya que la gente es conocedora de los problemas de su contexto social y tiene experiencia en la planificación de estrategias para enfrentarlos. Por lo tanto, cualquier política de seguridad ciudadana debería comenzar con el conocimiento local y ejecutarse en sintonía y con las energías del ciudadano común. Las comunidades que logran un nivel aceptable de seguridad a pesar de la pobreza tiene lo que llaman los criminólogos "eficacia colectiva" (Sampson, Morenhoff, y Gannon-Rowley, 2002). Esto refiere a que los residentes de un vecindario tienen suficiente confianza uno al otro que pueden sancionar a las personas directamente o llamar a las autoridades y serán respaldadas por sus vecinos y esas autoridades. Donde no hay ese sentido de "eficacia colectiva" la delincuencia, crimen y violencia pueden persistir.

Por último, podemos tomar del caso de los evangélicos un aprecio para la importancia de estructuras sociales que ofrecen una identidad, discurso y red social alternativa. La discusión del problema de la inseguridad siempre gira alrededor del control social—y por supuesto es una parte clave de la solución. Sin embargo, hay que ver dónde hay soluciones positivas que también le permite a la gente salir de situaciones y relaciones sociales que conllevan a la violencia. Aquí vimos cómo los evangélicos proveen un discurso y red social que puede facilitar el salir de la lógica de culebra. En mis entrevistas salieron varias personas que habían hecho lo mismo con grupos Católicos como Tadehu o grupos de jóvenes de iglesias particulares, y no tienen porque ser religiosas. Los equipos organizados de deporte representan un área en que el estado y los municipios pueden proveer alternativas para los jóvenes. Investigaciones recientes han mostrado cómo grupos musicales, danza o de teatro también pueden representar alternativas a la violencia (ver como ejemplo la investigación de Zubillaga, 2008). No todos estos tipos de articulaciones sociales y asociaciones culturales pueden ser objetos de la política pública, pero sí podemos valorizar en nuestras actitudes el papel que puede jugar la expresiones culturales alternativas en el lograr la convivencia.

Referencias bibliográficas

- BOURDIEU, P. (1977). **Outline of a Theory of Practice**. Cambridge: Cambridge University Press.
- BRENNEMAN, R. (2012). **Homies and Hermanos: God and Gangs in Central America**. New York: Oxford University Press.
- BRICEÑO-LEÓN, R.; CAMARDIEL, A.; AVILA FUENMAYOR, O.; DE ARMAS, E. (2002). "Un Análisis Social del Riesgo de Ser Víctima," pp.31-50 in BRICEÑO LEÓN, R. and PÉREZ PERDOMO, R. (eds), **Morir en Caracas: Violencia y Ciudadanía en Venezuela**. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- CASTILLO, A. (1997). **Jóvenes Transgresores: En Búsqueda de Aceptación Social**. Caracas: Universidad Central de Venezuela.

- DUQUE, J.R., and MUNOZ, B. (1995). **La Ley de la Calle: Testimonios de Jóvenes Protagonistas de la Violencia en Caracas**. Caracas: Fundarte, Alcaldía de Caracas.
- HARDIN, R. (1995). **One for All: the Logic of Group Conflict**. Princeton University Press.
- MEIRELLES, F. and LUND, K. (2002). **City of God**. Rio de Janeiro: O2 Filmes e Video Filmes.
- NISBETT, R.E. and COHEN, D. (1996). **Culture of Honor: The Psychology of Violence in the South**. Boulder: Westview Press.
- O'NEILL, K. (2011). "Delinquent Realities: Christianity, Formality, and Security in the Americas." **American Quarterly** 63:29.
- PINE, A. (2008). **Working Hard, Drinking Hard: On Violence and Survival in Honduras**. Berkeley, CA: University of California Press.
- SAMPSON, R. J.; J. D. MORENHOFF, and T. GANNON-ROWLEY (2002). "Assessing 'Neighborhood Effects': Social Processes and New Directions in Research." **Annual Review of Sociology** 28:443-78.
- SCHNEIDER, E. (1999). **Gluesniffer: Law of the Street**. Centro Nacional Autónomo de Cinematográfica CNAC. Unity Films. Tango Bravo. Credesca (Venezuela). Filmart PC. (España).
- ZUBILLAGA, V. and CISNEROS, A. (2002). "El Miedo en Caracas: el Contraste en la Experiencia del Temer. Relatos y Vivencias de Amenaza en Barrios y Urbanizaciones de Caracas," pp.68-101. BRICEÑO LEÓN, R. and PÉREZ PERDOMO, R. (eds), **Morir en Caracas: Violencia y Ciudadanía en Venezuela**. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- ZUBILLAGA, V.; FERNÁNDEZ, M.; ZÚÑIGA, S. y QUIÑONES, R. (2008). "En búsqueda de rutas de salida a la violencia: Análisis de experiencias de reconversión de hombres jóvenes de vida violenta en Caracas." Ponencia leída en las II Jornadas de la Sección de Estudios Venezolanos, Asociación de Estudios Latinoamericanos LASA, Caracas, 26 y 27 de Mayo.